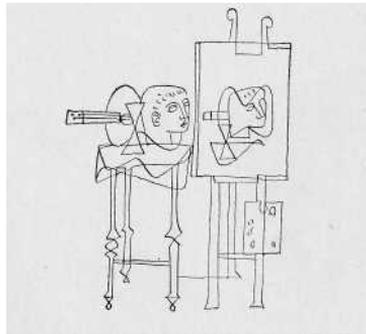


2159-F-20



watercolor

FRANCISCO MATEOS



CUADERNOS DE ARTE

DIRIGIDOS POR VICENTE CACHO VIU

JUAN ANTONIO GAYA NUÑO

FRANCISCO MATEOS

ATENEO
MADRID
1 9 5 7

LAS OBRAS REPRODUCIDAS
FUERON PRESENTADAS EN LA
SALA DE EXPOSICIONES DEL
ATENEU BARCELONES, DEL 30 DE
MARZO AL 12 DE ABRIL DE 1957

ESTA COLECCION ESTA PUBLICADA POR LA EDITORA NACIONAL

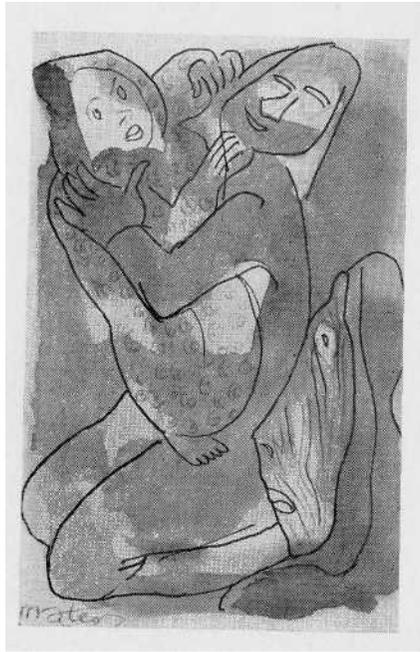
VED todos la sencilla manera que la tradición utiliza para abocar a una pintura resuelta y naturalmente novecentista, tan novecentista como la de Francisco Mateos. Porque tradición —y no otra cosa— es la dicción de rico y optimista color que consuela y encubre el desasosiego de sus criaturas. Así lo hacían nuestros hombres del siglo XVII al pintar un martirio; así nuestro Goya al enhebrar sus extraordinarios sarcasmos. Martirios y sarcasmos que continúan siendo temario para todo el arte europeo de la despistada mitad de siglo, la que, por ese mismo despiste, entiende que lo dramático y siniestro, lo atormentado y dañado, lo doliente y angustioso, ha de ser dicho con negruras y regrisados. Pero contra este error de concepto, la pintura española enarbola su brioso color. Y la línea programática de Francisco Mateos, sevillano, paisano de Murillo y de Valdés Leal, compatriota de todos los mejores especialistas en martirios y de todos los más impávidos coloristas de nuestro arte, corrobora la adhesión a lo tradicional.



Ciertamente, el espectador de esta exposición de Francisco Mateos puede argüir que no hay en su pintura tales martirios ni cuáles dolencias. Pero la fácil contestación la trae la obra del artista. Porque cuando un hombre cuenta más de medio siglo de vida y casi otro tanto de pintura, significa que nada ha improvisado, que todo su

mundo anda provisto de una sangre y un ambiente propios, que poseen ya una especial costumbre de actuar y de vivir o morir. Bueno fuera que tratáramos de descubrir ahora al maestro Francisco Mateos, cuando hace tanto tiempo que fué llamado maestro, y con tan derecha razón, en París o en Munich. En estas ciudades, y en otras muchas de la vieja Europa, y en otras más de la ya casi vieja América, quedan aureoladas con el estricto aire museal que merecen sus gantezuelas absurdas, miedosas, grotescas, con perenne propensión a enmascarar sus debilidades, sus desgracias y sus mezquinas suertes. Mateos procuraba siempre una solicitud de enmascaramiento a sus criaturejas, apiadado por la severidad que las movía de uno a otro lado. También es un arbitrio viejo en nuestra mejor pintura éste de permitir disfraces. Sí, de verdad. Pero así como las máscaras de Solana no llega-

ban a cubrir su horrenda y cansina tristeza, las de Mateos acertaron a simular jovialidad, al amparo de ese espléndido color que tiene mucho de goyesco y no menos de sevillano. Un color que juega los amarillos de mayor pureza posible y los carmines que casi saben a naranja. Con su riquísima paleta, podía Francisco Mateos



ordenar lo que quisiera a sus alocadas gentezuelas, con la seguridad de que sería obedecido.

Hace algún tiempo, con motivo de su exposición anterior, Mateos me anunció que había mudado de manera, que había asumido un nuevo estilo. No lo creí, porque no podía ser cierto. Digo más: que habría considerado delictivo que hubiera algo de verdad en ello. Y no había verdad. Lo ocurrido, simplemente, se reducía a que las gentezuelas insensatas, las criaturejas vestidas de opulentos colores, habían dejado de jugar a enmascararse y preferían mostrar sus bienes y sus males abiertamente, como cualquier quisque de carne y hueso. Y ahora, en esta exposición, han asumido un aire resignado y frontal, con sólo un minimum de los gestos subrepticios y alocadillos a que andaban acostumbradas. Ni Mateos ha cambiado el estilo que le granjeara estimación dentro y fuera de



fronteras ni podía hacerlo. Sus criaturillas le son fieles, pero en tanto él les continúa fiel. Ni ellas ni nosotros le toleraríamos lo contrario. Y, naturalmente, el color continúa con la opulencia —casi pudiéramos llamarla histórica, a fuer de continuada tradición—, sin la que apenas pudiéramos concebir la pintura de Ma-

teos. Los amarillos soberbios, los carmines claros, los verdes incisivos, los ocres extrañamente sugeridores, algún azul oportunísimo. Todo ello conjugado en un barroquismo al que basta algún pequeño conjuro para convertirse en síntesis prieta. Algunos paisajes interferidos entre estos personajes quietos y resignados, seguramente resignados porque ya no tienen derecho a enmascararse, les proveen del ámbito miseramente ideal para reposar durante todas las horas y minutos del menudo drama que se adivina. No podía ser de otro modo. Cuando una pintura ha optado por acercarse de modo tan resuelto a una humanidad endeble y pesimista, el paisaje, el Edén y el Hades que se les prepara no puede ser sino este raro, anfibio, pelado escenario que arma su progenitor, Francisco Mateos.

No hay moraleja, ni resolución, ni siquiera fin, en este menudo drama, que tanto ha cuidado alejarse de la anéc-

dota. Con tal de no recaer en ésta, Mateos no escatima afectos, gestos, chillidos, gritos. Pero cuando pudiera parecer cercano el desenlace, éste se queda en buena y pura plástica. La buena, pura, precisa plástica de todo un pintor español, absolutamente injerido por nuestro tiempo, manifiestamente in curso en la tradición es-



pañola, pintor de antaño, de hoy y de mañana, hombre batido, hombre triunfador, hombre triunfado. Sencillamente, un pintor de 1950.

El lo ha declarado: "Tenía que ser pintor vivo —pero no artesano de primores—, porque durante el medio siglo pasado estuve en medio de la vida viviendo". Viviendo, mirando, viendo, trabajando, y todos los mil gerundios capaces de expresar la postura del hombre comprensivo del gran espectáculo de la Humanidad y de su Humanidad. Por eso es por lo que la postura de Francisco Mateos, pese a la enormidad numérica y a la diferenciación de su mundo protagonista, jamás se convierte en un satírico ni en un burlador. Es un amigo bienintencionado de sus modelos, de los modestos paisajes que les convienen, de las vestiduras de que les provee, de las florecillas o de los vasos de vino que les brinda. Sin

saña, sin segunda intención. Su expresionismo es el más cariñoso que jamás haya conocido muñeco movido por pintor.

Pero en lo que se engaña Mateos es en su certificación negadora de ser un artesano de primores. Quiéralo o no lo quiera, lo es. Y su obra, un lejano primor colorista en vieja y buena gama de absoluto pintor. Sus criaturillas, las que ya han desistido de enmascararse, lo saben tan bien como nosotros.



L A M I N A S

I. *Galicia.*



II. *El vino.*



III. *Espiguitas.*



IV. *Muchachitas.*



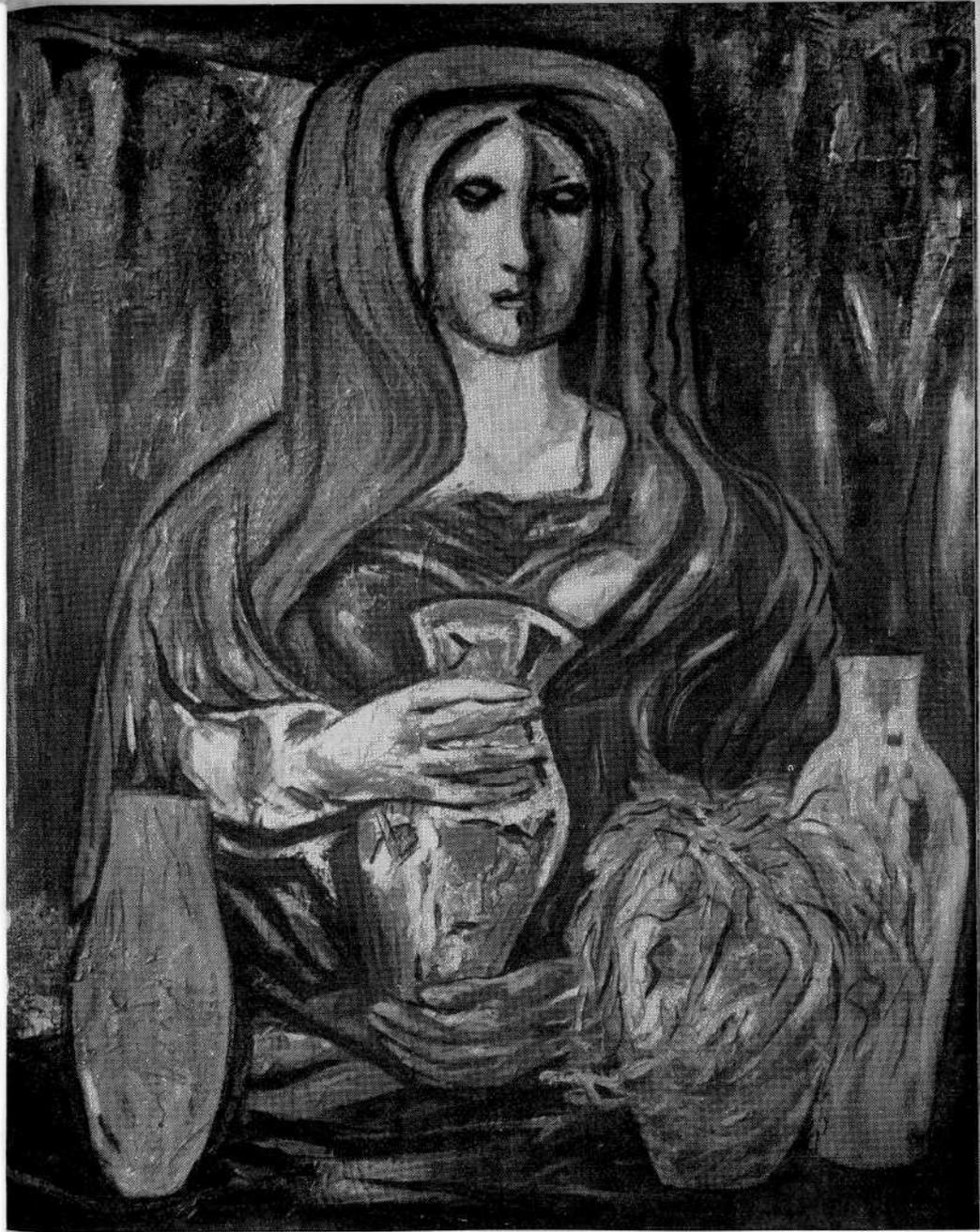
V. *Mercadillo.*



VI. *Campesinas.*



VII. *Cacharros.*



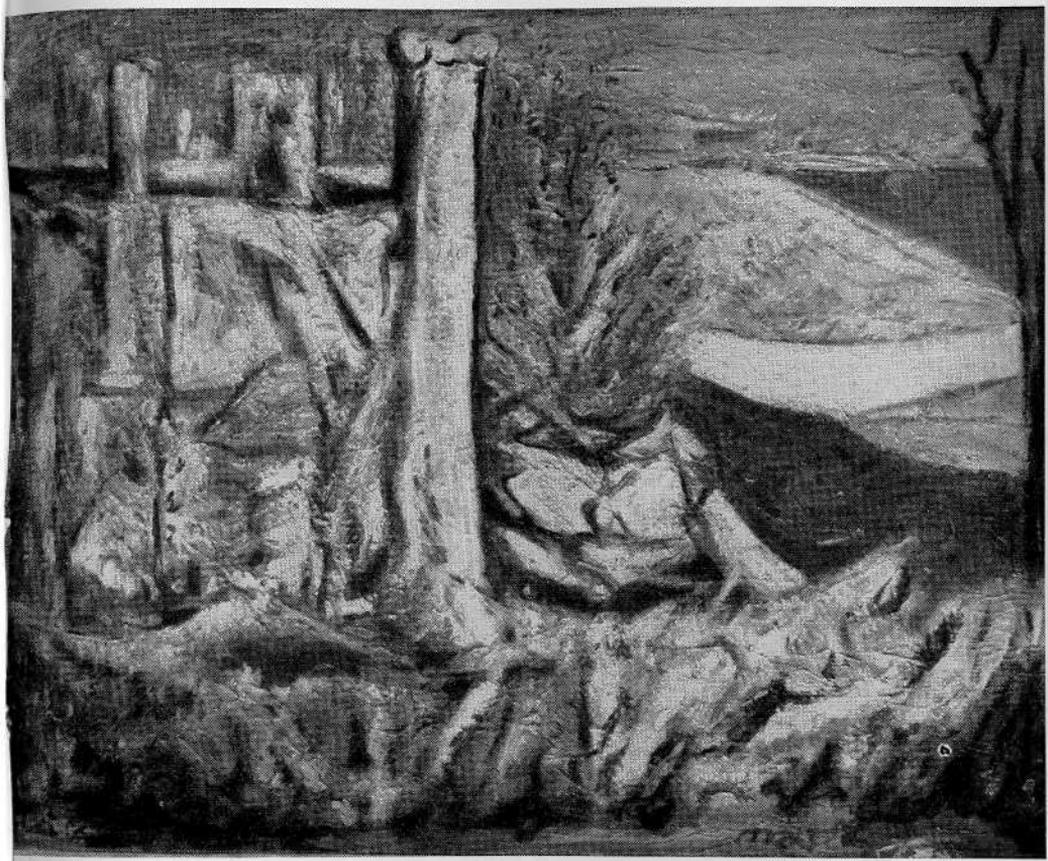
VIII. *La gallinita.*



IX. *Las frutas.*



X. *El río.*



*Este vigésimosegundo número de los Cuadernos
de Arte del Ateneo de Madrid,
se terminó de imprimir en*

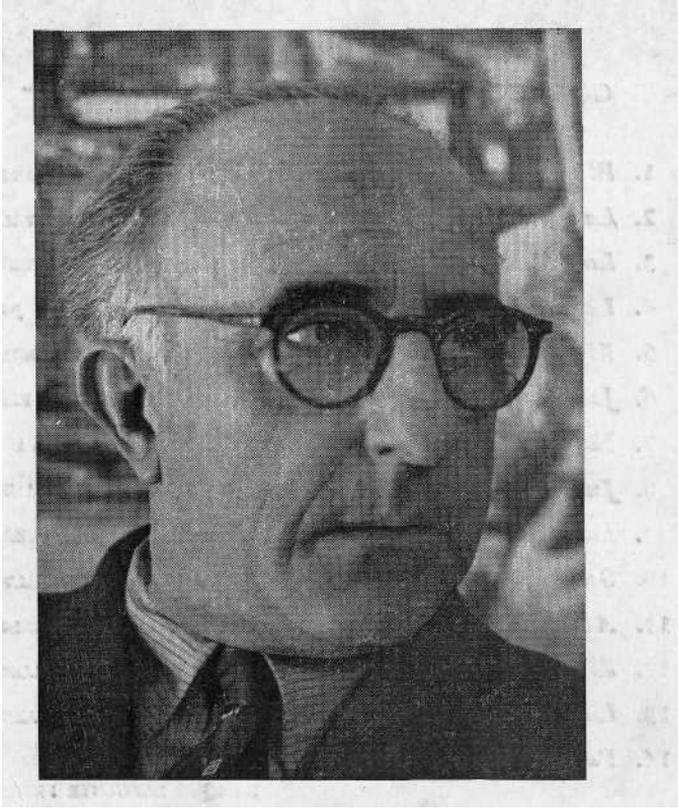
ALTAMIRA

*Bravo Murillo, 31, Madrid,
el día 29 de marzo de*

MCMLVII

COLECCION "CUADERNOS DE ARTE"

1. *El niño ciego de Vázquez Díaz* VICENTE ALEIXANDRE
2. *La pintura de Alfonso Ramil* ADRIANO DEL VALLE
3. *Luis María Saumells* VICENTE MARRERO
4. *La pintura de Ortiz Berrocal* JOSÉ MARÍA JOVE
5. *El escultor José Luis Sánchez* ÁNGEL FERRANT
6. *José María de Labra, pintor* MIGUEL FISAC
7. *Vaquero Turcios en sus dibujos* LUIS FELIPE VIVANCO
8. *Jesús Núñez, aguafortista* MANUEL SÁNCHEZ CAMARGO
9. *Luis García Bustamante* JOSÉ HIERRO
10. *Oswaldo Guayasamín* JOSÉ MARÍA MORENO GALVÁN
11. *Antonio Quirós* JOSÉ DE CASTRO ARINES
12. *El escultor Mustieles* ALEJANDRO NÚÑEZ ALONSO
13. *La pintura de Ortega Muñoz* JOSÉ CAMÓN AZNAR
14. *Pablo Serrano, escultor a dos vertientes*
ENRIQUE LAFUENTE FERRARI
15. *Will Faber* EDUARDO WESTERDAHL
16. *Las arpilleras de Millares* C. L. POPOVICI
17. *La pintura de Juan Guillermo* RAFAEL MORALES
18. *Francisco Arias* JESÚS SUEVOS
19. *María del Carmen Laffón* EDUARDO LLOSENT Y MARAÑÓN
20. *Rafael Canogar* JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ DEL AMO
21. *Antonio Valencia* RAMÓN D. FARALDO
22. *Francisco Mateos* JUAN ANTONIO GAYA NUÑO



FRANCISCO MATEOS nació en Sevilla. Estudia libre en Madrid.

Empieza a trabajar como dibujante en *España* con D. José Ortega y Gasset; colabora en *La Esfera*, *Nuevo Mundo* y *Gil Blas*, de Madrid, y en *Hojas Selectas* de Barcelona.

Pensionado por el Estado español en Alemania, Francia y Bélgica, estudia pintura y grabado en la Escuela de Bellas Artes de Munich. Pone en escena, en colaboración con el pintor alemán Willy Geiger, teatro clásico español, en el teatro Nacional muni-qués. Hace figurines para la U. F. A. en Berlín.

En París realiza pinturas murales para la Universidad de la Sorbona, siendo nombrado decorador oficial de la misma. Es uno de los pintores españoles que figuran en la llamada Escuela de París.

Poseen cuadros suyos los Museos de Arte Moderno de París, Nueva York, Cleveland, Pittsburg; en el Museo Real de Bruselas y en el de Arte Contemporáneo de Madrid.